Revista SOMEPSO Vol.4, núm.1, enero-junio (2019), pp. 81-108 ISSN 2448-7317

PSICOLOGÍA POLÍTICA Y CONTINGENCIA. DESAFÍOS TEÓRICO-PRÁCTICOS DESDE LAS COYUNTURAS DE LO POLÍTICO

* * *

POLITICAL PSYCHOLOGY AND CONTINGENCY. THEORETICAL-PRACTICAL CHALLENGES FROM THE CONJUNCTURES OF THE POLITICAL

Edgar Miguel Juárez-Salazar [1]

Sección: Artículos
Recibido: 12/02/2019
Aceptado: 25/07/2019
Publicado: 29/07/2019

Resumen

La psicología política contemporánea parece, hoy en día, haber perdido la brújula para transformar el mundo. Si esta apreciación es atinada, probablemente sea al remitirla a contextos donde la psicología política ha sido parte fundamental del desarrollo de los Estados-Nación y del sistema económico capitalista imperante. En este trabajo proponemos hacer un recorrido por algunos de los puntos geopolíticos donde surge la psicología política como una rama o división de la psicología social. Buscamos adentrarnos en algunos de las problemáticas que presenta la psicología: desde los mecanismos de organización de los Estados, desde la distinción entre la política y lo político y desde la necesidad de una psicología que se muestre permanentemente en la encrucijada a partir de la crítica. Realizando un cuestionamiento a las posiciones de la psicología política proponemos un cuestionamiento a la epistemología de la psicología política a partir de la potencia de la negatividad en lo político.

Palabras Clave: antagonismo, conocimiento, negatividad, radicalidad, posición de sujeto

[1] Profesor Asociado Medio Tiempo en la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. Correo electrónico: edgar.jusan@gmail.com ORCID: 0000-0001-6412-561X.

Abstract

Contemporary political psychology seems to have lost its social meaning to change the world. If this assessment is correct, it is probably by referring it to contexts where political psychology has been a fundamental part of the development of the nation-states and of the prevailing capitalist economic system. In this paper, we propose to take a tour of some of the geopolitical points where political psychology emerges as a branch or division of social psychology. We seek to delve into some of the problems presented by political psychology from the mechanisms of organization of states from the distinction between politics definition and the need for a political psychology that is at the crossroads from the critical point of view. We inquiry into the political psychology's positions and we propose a review of the epistemology of political psychology from the potency of negativity in politics.

Key words: antagonism, knowledge, negativity, radicality, subject position

Introducción o los alcances geopolíticos, conceptuales y epistémicos de la psicología política

On nous a vus, c'était hier,
Qui descendions, jeunes et fiers,
Dans une folle sarabande,
En allumant des feux de joie,
En alarmant les gros bourgeois,
En piétinant leurs plates-bandes

Georges Brassens – Boulevard du temps qui passe

Para comenzar la introducción al presente escrito, en lugar de desdeñarnos en escudriñar un preciso esquema de trabajo que matice los alcances y objetivos del texto, hemos decidido entrar directamente a las brasas y poner, sin meditarlo, abundante carne en el asador. Esto no es una decisión fácil pues dicho recurso no conduce pedagógicamente al lector, sino que por el contrario, lo confronta inmediatamente. Creemos (y no sabemos aún si acertamos) que no hay psicología política sin confrontación, sin ataque y defensa, sin amigos y enemigos. No existe, pues, una psicología política neutral – ¿Hay alguna ciencia social que lo sea?– que se viva a medias tintas; no existe, incluso antes de ser política, una psicología neutral o de lo políticamente correcto. Hasta en eso, el antagonismo y lo contingente de lo político horadan toda pretendida elección de tranquilidad política.

Es importante, por principio y por la precisión de la contingencia en su sentido más laxo, localizar algunas coordenadas de construcción y presentación de la psicología política en el mundo, pues los caminos, relativamente recientes, de esta rama o vertiente de la psicología social han propuesto diversas dimensiones teóricas para esta disciplina que trata de vincular, desde nuestra perspectiva, dos ejes paralelos y problemáticos de producción de conocimiento: la psicología y la ciencia política. Esta condición de dualidad parece complejizarse en los límites –más no en las fronteras– encaminados más hacia una fórmula transdisciplinaria que a una epistemología radicalizadora. Esta condición de juntura o de distinción, en efecto, plantea una psicología política un tanto indefinida, confusa, llena de fronteras y sin un destino muy claro en los avatares de la interpretación de los actos políticos del sujeto. A su vez, esta situación la posiciona en la encrucijada de la indeterminación de un objeto analítico neutro de estudio, particular o como conglomerado, en palabras claras, persigue todo y nada a la vez.

Cuando estudiamos, desde y en psicología política, no encontramos en muchas ocasiones una problematización de la realidad política sino adecuaciones funcionales para el estudio de ésta y para la realidad social. Este efecto de indecibilidad del objeto de estudio de los procesos políticos, por parte de la psicología política, se produce por la misma indeterminación del lugar que

ocupa la psicología política en los análisis psicológicos más generales. Inclusive, puede plantearse que su conexión directa con la psicología social es poco clara y quizás nunca logre separarse de ésta e incluso realizando su separación, sería muy poco diferente de lo que es hoy en día en el panorama de las llamadas disciplinas psi.

Paradójicamente, en su tarea para el análisis de las problemáticas políticas, la psicología política no ha podido desprenderse de sus enormes influencias ideológicas y tampoco de sus complicidades con el sistema positivo, normalizador, adecuado y pretendidamente neutro de la política; este es un problema propio de la psicología no sólo de su rama política. Las coordenadas de estudio de los procesos administrativos de la política y el análisis de sus efectos, por parte de la psicología política, parecen no renunciar a un cómodo lugar geopolítico desde donde son producidas pero tampoco logran desembarazarse de las íntimas relaciones de dominación y ejercicio del poder en las latitudes desde donde la psicología política y la psicología social surgen.

El problema de su complicidad sistemática con el sistema es una cuestión primera y fundamentalmente epistemológica. ¿Cómo producir un conocimiento sobre y desde la política sin desligarse de los lastres ideológico-funcionales de la psicología como disciplina moderna? Estas condiciones no son sólo asunto de la psicología política en particular sino también de la psicología general misma y han sido ya profundamente cuestionadas por Deleule (1992) al señalar que la psicología se constriñe en una "adaptación a la ideología dominante" (p. 40) y por Michel Pêcheux, bajo el seudónimo de Thomas Herbert (1966) en el plano singular de la psicología social, mostrando "la incapacidad" de ésta para realizar una "ruptura epistemológica" que pueda producir un "conocimiento" realmente "científico"(p. 142); situación que la margina, de facto, de una aspiración científica moralizada. Sería pertinente preguntarnos también, en este punto, sobre la insistencia por hacer de la psicología una ciencia, o peor aún, una ciencia validada en el capitalismo y en el Estado moderno. Este es un lastre del cual el psicólogo actual no logra desembarazarse y por el que incluso llega a mostrarse preocupado, e incluso se permite denigrar a otras áreas psi por no considerarlas científicas ergo verdaderas o válidas.

Ahora bien, para puntualizar las circunstancias geopolíticas e ideológicas de producción científica de la psicología política conviene señalar los diversos momentos de emergencia de los análisis de la realidad política por parte de la psicología. Revisando de modo lacónico las posiciones teóricas, metodológicas y los aportes de la psicología política encontramos las influencias de los diversos enfoques geográficamente localizados para definirla. Tropezamos, inmediatamente, con modos de hacer y pensar la psicología política desde diversas latitudes, en particular desprendidas de su relación bifurcada, en ocasiones, con la psicología social.

De forma escueta podríamos proponer tres grandes alcances de la psicología política a partir de su origen geopolítico. Primeramente, una

psicología política anglosajona que para García Beaudoux & D'Adamo (1999) aborda fundamentalmente temáticas referentes a la "participación, socialización, percepción y cognición y actitudes" (p. 297). Encaminada a descifrar los entramados políticos de la personalidad del sujeto en el ámbito de la comunicación social, las opiniones y los mensajes políticos (Sullivan, Rahn, & Rudolph, 2002), la persuasión y las creencias desde un enfoque cognitivo y racional (Lupia, 2002 y Bar-Tal, 2000), la cohesión política y la identidad de grupo (Huddy, 2003), entre algunos otros temas que se entretejen en un corte profundamente pragmático, centrado en la cognición, la conducta y las implicaciones de ésta a nivel político.

En un segundo gran registro ubicamos a la tradición francesa, que bien puede partir de una hegemónica preferencia por la sociología de Durkheim (1968) y sus postulados en torno a las "representaciones colectivas" como "producto de una inmensa cooperación" que se "extiende en el espacio y el tiempo" en una "multitud de espíritus diversos" (p. 20). Y, al mismo tiempo, dependerá también de la enorme influencia del pensamiento de Gustave Le Bon (1971) con su Psicología de las masas. Un giro sustancial de esta psicología que, aunque no llamada aún psicología política, permitió abordar las problemáticas del pensamiento sociopolítico fue la inaugurada por Moscovici (1961), en particular en sus abordajes sobre las representaciones sociales y a partir de la técnica para analizarlas desde las formas de representación en torno al psicoanálisis en Francia. Asimismo, es relevante su trabajo en torno a las posibilidades de las minorías activas, pues mostraba una fuerte respuesta a los postulados generales de la influencia social y rescataba el papel trascendental de las minorías en los procesos de influencia y cambio social (Moscovici, 1981).

Paralelamente, la fuerza filosófica del estructuralismo y el posestructuralismo francés fue también de utilidad para pensar mecanismos de control y poder en las sociedades contemporáneas, en específico gracias a los trabajos de Michel Foucault (1992 y 1975). Esto nos permite suponer una psicología política articulada más hacia el pensamiento social y colectivo que a las determinaciones individuales pero sin perder de vista una constante denigración de la categoría de sujeto y una ampliación del gusto por la subjetividad como producción.

En cierta medida, a partir de la proliferación del estudio de las representaciones sociales y del pensamiento social, se forja una respuesta ideológico-política al pragmatismo e individualismo estadounidense en psicología política pero estas condiciones son expuestas fundamentalmente desde la psicología social, por lo tanto, los ejes de la psicología política comienzan a entrar en una nebulosa que no permite focalizar claramente el objeto de estudio de la psicología política. En este sentido, una de las críticas más profundas realizadas a la psicología social francesa es expresada por el psicólogo político Alexander Dorna (1998), señalando que ésta "se encuentra bajo la influencia de los paradigmas cognitivistas y los enfoques

comunicacionales, fuertemente ligados a la irrupción de la informática, así como de la lingüística y sus enfoques metafísicos. Al mismo tiempo, los investigadores son cada vez más reticentes a abordar empíricamente el funcionamiento institucional y las conductas políticas" (p. 67). Si esta crítica es permitida, persiste en la psicología política un carácter predominante de la política sobre lo político al momento de construir un marco epistemológico sobre el objeto a estudiar en la psicología política y esto tiene efectos claves, pues la descentra colocando dos polos de análisis desde la posición interior o exterior del sujeto. Esto hace que el dualismo cognitivo-interior y social-exterior persista como una forma de posicionamiento ante la realidad política.

Para separarse de estas condiciones –profundamente hegemónicas en los lugares desde donde surgieron y también en las latitudes que las hicieron proliferar– de la construcción del objeto de estudio de la psicología política, es ineludible, desde nuestro punto de vista, constreñir el alcance regulador de las condiciones epistémicas originarias de la psicología social y la psicología política, pero esto forzaría, a quienes las estudiamos, a admitir su carácter neutralizador cuando se intenta capturar un momento político y social para producir un saber. Los límites de la representación de un objeto de estudio, en este sentido, son también los límites de la técnica humana de elaboración de un conocimiento y un saber hacer. Esta labor parece empujarnos a optar por analizar una oposición orgánica de las determinaciones del sentido común de la política y apostar más hacia las condiciones indecidibles de lo político. Este embrollo epistemológico no es de superficie o cotidianidad sino de las condiciones históricas y limitantes desde donde brota un saber sobre la positividad –como exterioridad funcional y coercitiva–de lo humano y lo político. Foucault (1968), en este sentido, puntualizaba ya, en su "analítica de la finitud", las posibilidades de creación de conocimiento sobre el hombre y su positividad desde la condición "finita" del hombre en sí mismo que conduce a una reorganización del lugar político de éste dentro de las prácticas administrativas de los saberes (p. 309).

En otras palabras, los modos de pensamiento de la modernidad, a finales del siglo XIX –el siglo de origen de la psicología– permiten comprender cómo la administración de las formas políticas del hombre se encarna en la positividad organizacional-política de la vida humana. Como precisa Nava Murcia (2015), "Foucault muestra así que la finitud del hombre se anuncia de manera imperiosa en la positividad del saber. El hombre surge como figura empírica del conocimiento en el momento en que deseó dominar la vida, el trabajo y el lenguaje, y encontró que lo dominaban (p. 51). El territorio político como lugar de exterioridad no puede, con esto, limitarse a la interacción simbólica centrada en un espíritu y una persona que surgen de lo social como lo propone Mead (1934), sino como una dispersión positiva donde los actos políticos son capturados por las prácticas políticas y esto hace necesario comprender que la psicología política no parte únicamente de la interacción, sino también de los

fenómenos políticos desde donde lo político-contingente se contrapone a la política, pues esta última queda ensimismada al confrontar lo paradójico e indecidible de lo político.

Retomando las tres grandes posiciones geopolíticas, planteadas en páginas previas, arribamos por último y de modo ineludible, a los esfuerzos de los psicólogos latinoamericanos por fundar una psicología política desde América Latina, cuestión que desde su origen enarbola una separación de los cánones anglosajones y franceses del conocimiento en psicología política. En particular, es necesario referir a dos autores fundamentales. La primera, Maritza Montero (1987 y 1991) quien logró plasmar los desafíos y la necesidad de una psicología política que se centrara en las problemáticas políticas de Latinoamérica, en particular en sus problemas de marginación, exclusión social y miseria de los pueblos latinoamericanos, y también como una respuesta a las dinámicas políticas hegemónicas y expansionistas de los Estados Unidos de América. De igual forma, los trabajos del jesuita Ignacio Martín-Baró (1976 y 1983) mostraron la articulación de una práctica liberadora desde la psicología social, no solamente como mecanismo de comprensión y análisis de las realidades sociales y políticas. Sus análisis centrados en particular en el pueblo salvadoreño, no obstante, son profundamente aplicables y extensibles a toda la realidad social y política latinoamericana.

Este sucinto recorrido no ha hecho sino descubrir el agua tibia, pues son influencias, teorías y autores bien conocidos por la mayoría de los psicólogos sociales y políticos. Lo que pretendemos con este recorrido es, fundamentalmente, retratar la visión ideológico-política del mundo de lo político desde tres territorialidades de influencia definidas y que tienen, sin lugar a dudas, efectos en las formas metodológicas y teóricas de pensar a la psicología política. Situar las coordenadas de las psicologías políticas sirve para cartografiar el nivel de necesidades imperiosas de abordaje de la realidad política pero esto impide, paralelamente, propulsar los grados de contingencia radical y radicalizadora, dado que su aplicación se centra en paradigmas de la realidad social y política bien definidos por la delimitación territorial, histórica y social desde donde son elaboradas. Esto convierte a las psicologías políticas, de cierta manera, en un objeto de estudio referencial y delimitado, pues las necesidades apremiantes y concretas de los pueblos parecen obturar, con cierta aplicación imperiosa, la función político-administrativa de la psicología en sí misma.

En otras palabras, mientras algunos abordajes de la psicología política se centran en las capacidades individuales y cognitivas, otras se aproximan desde las nociones de colectividad y pensamiento social para terminar en el uso de estas y otras teorías como medios para liberar a los pueblos de diversos problemas sociales que les aquejan. Esto último, en el mejor de los casos, suena bien, convence y puede producir algunos cambios, incluso empodera ideológicamente, pero no logra desentrañar del todo, esa necesidad de forzar la

inserción de la psicología política como medio normalizador y neutralizador al indagar en las formas de producción del conocimiento. Podría decirse que sólo se adecuan algunas de las formas de participación, análisis y estudio de las positividades políticas desde la psicología política.

Curiosamente, Michel-Louis Rouquette (1989) señala que "la psicología política es una disciplina inencontrable" pues es pensada en ocasiones como "un sector de aplicación" o como el "reflejo o subproducto" (p. 219) como una parte de la psicología que se revisita de modo más singular a la luz de necesidades de interpretar el plano político. Estas condiciones combinan la necesaria indefinición de la psicología política como arte de analizar lo político en tanto positividad organizacional. Sin embargo, lo político tiene matices más allá de las junturas donde la psicología política puede analizar o describir los fenómenos políticos ylas formaciones contingentes del mundo social. La resistencia al orden social, la reelaboración dialéctica de los rituales y sus resignificaciones, la indeterminación del universo simbólico, la agitación política, entre otros elementos, nos muestran que es imposible pensar en un campo derivado de aplicación bien intencionada de la psicología política.

Como hemos observado, la psicología general, de entrada, no puede separarse de las condiciones políticas y culturales–productivas y administradas– que le rodean y tampoco lo hacen sus académicos que, dicho sea de paso, se encuentran profundamente sometidos a vínculos políticos de producción. Tal como lo apunta Billig (2014), desde una "fragmentación de las disciplinas" puede ubicarse claramente que las lealtades de un académico no son fijas ni simples" (p. 50), ni obedecen a una función aislada del conocimiento. Es allí donde la psicología política surge como algo más que una fragmentación. Las fronteras y aproximaciones académicas que establece el psicólogo son, en sí mismas, territorio político y no pueden ser poco consecuentes o indiferentes con la radicalización de los modos de investigar y de transformar la realidad social. Pero este asunto, aunque trascendental, no es un punto de análisis en nuestra reflexión.

Conviene ahondar ahora sobre un elemento valioso para comprender los intercambios positivo-administrativos de la política desde la psicología: la interpretación de la realidad. Ésta no puede centrarse únicamente en el análisis de los procesos políticos desde la perspectiva conductual, emocional o de la construcción del sentido común en las sociedades sino en la fuerza contingente de la organización de lo político contingente. Quizás, el componente más inquietante de la interpretación surge al encontrar los mecanismos de psicologización de la vida para controlar las acciones de los sujetos dentro de los modos de la economía política en el capitalismo. Como problematiza Ian Parker (2010), "la 'psicologización' es parte esencial y necesaria del capitalismo" pues "la sociedad capitalista es explotadora y alienante, y, sin duda, fomenta las experiencias individuales, pero también convierte la experiencia individual en un asunto 'psicológico', como si se tratara de una dimensión que operase en el

interior de cada persona" (p. 16). Esta transmudación del origen de la condición política es, en gran medida, el referente de una política del nihilismo funcional y psicológico en el capitalismo, pero del mismo modo exige un gran punto de apertura a quienes trabajan desde los alcances de la psicología política pues pone en entredicho la creación de una psicología social y política basada en una simple posición interiorizada de la vida pública.

La psicologización, la registrada al auspicio de la psicología general y de sus ramas, no se centra únicamente en los mecanismos psicológicos que son interpretados por los psicólogos y que pasan a formar parte de un conocimiento social de sentido común. Los efectos de la psicologización resultan hoy en día más sutiles, menos visibles y reflejan las formas de organización política de los Estados y de sus ciudadanos. Jan de Vos (2019) señalaba ya que "la psicologización" alcanza terrenos donde las cosas "no" corresponden a la "psicología", y cuestiona al mismo tiempo que muchas de las "críticas" de los psicólogos caen al mismo tiempo en "intentar dar una comprensión del mundo", lo que sugiere que la posición crítica más allá de comprender el mundo o darle una explicación debe apostar por radicalizarlo, pero esta posición será analizada más adelante (pp. 64-64).

Con lo anterior, es importante ahora intentar buscar algunas de las referencias conceptuales sobre qué es y qué estudia la psicología política. Siguiendo el planteamiento de Seoane(1988), se precisa a la psicología política dentro de tres grandes definiciones en cuanto a su carácter práctico. La primera gran definición consiste en "un cierto carácter aplicado de la disciplina, entendida como la aplicación de los conocimientos psicológicos alcanzados a los problemas políticos actuales. Por tanto, sería más una disciplina de urgencia social que un campo de estudio con características teóricas propias" (p. 31). Condición que antepone las situaciones sociales apremiantes y secuenciales de los problemas políticos humanos antes que la acción interpretativa pero precisa cierta condición o alcance moral de la praxis. Las necesidades sociales son también medios para la aplicación de políticas encaminadas al control y, desde cierto punto de vista, obedecen a una voluntad de poder, donde, yendo someramente a las palabras de Nietzsche (1882), "hacemos el bien a quienes ya de alguna manera dependen de nosotros" (p. 346).

En segundo lugar, estarían aquellas definiciones que quieren ver en la disciplina algo más que una función de terapia social, pero que no se atreven a explicitar ningún carácter genuino en su campo de estudio. La psicología política sería el estudio de la interacción de los fenómenos psicológicos con los fenómenos políticos; lo que queda sin aclarar aquí es si esa interacción hace surgir algún tipo de conductas o de fenómenos que constituyan el núcleo de estudio de la disciplina (Seoane, 1988, p. 31). En este campo, la psicología política queda delimitada de facto por las posibilidades de la interacción social que, de cierto modo, desarrolla una concepción objetiva del mundo político. Esta objetivación, y en conjunto con su correlato subjetivo, parece sostener un

dispositivo de interacción determinado por la exterioridad en una condición de simultaneidad o coherencia con el mundo interior que es, en sí mismo, político. Parece, como suele ocurrir en psicología general, que la problemática del objeto de estudio sigue siendo la gran disyuntiva epistémica, pues el objeto siempre se escabulle en las narices de quien pretende constreñir la acción indecidible de lo político.

Seoane (1988) propone, en última instancia y para tratar de zanjar lo anterior, "otro tipo de definiciones que pusiera de manifiesto un objeto de estudio propio para la psicología política, y que consistiría en el estudio de aquellos fenómenos históricos y colectivos, ya estén representados en individuos o en comunidades, que constituyen la motivación de un pueblo para organizarse socialmente y adquirir una identidad propia. (p. 31). Estas perspectivas rescatan un sentido histórico profundamente situado, y a su vez permiten el desarrollo de finalidades particulares de la psicología política y su acción. No obstante, la condición de la aleatoriedad de lo político queda sometida a los efectos interpretativos e incluso neutralizadores positivos de la psicología política. Para lograr separar estas condiciones reguladoras de las interpretaciones psicológicas no basta con enunciarlas sino reorganizar la conceptualización teórica de la política y su condición de ficción en el mundo de los seres hablantes, no como simple interacción social y tampoco desde un amor desmedido al contexto del lenguaje.

Tomamos, en este sentido, la idea de ficción como elemento utilitario de la verdad que, estructuralmente, se sitúa en un medio articulado (o llenado) de sentido de lo que, formalmente, se presenta con el rastro de una ausencia del posible anudamiento de la política en el sentido. De esta manera, es conveniente precisar que la distancia entre lo político como práctica de posible interacción y la política como condición administrativa de las relaciones humanas parecen definir los ejes históricos, ideológicos, prácticos y teóricos de la psicología política. No sólo en la dirección de las fuentes de análisis y de la conformación del conocimiento pretendidamente científico sino también en los alcances sociales transformadores de la disciplina. En el momento preciso de insistir en la condición política de la psicología acudimos a la delimitación de un campo de regularidades susceptibles de cuidado, control y administración de la vida y de los efectos de esta en la realidad en lo político. Si pensamos concretamente el campo de la política como una ficción determinamos también las circunstancias de producción de un orden social encaminado a la regulación de las poblaciones mediante mecanismos ideológicos que representan una construcción ficcional de la verdad de lo político en la cual el sujeto parece no tener escapatoria.

Una psicología política, en este sentido, debe ser planteada más allá de un medio para la consecución de nuevos conocimientos de las sociedades, es decir, debe ser considerada como una herramienta emancipadora y contraria de la misma condición ficcional de la política que, de modo paralelo reorganice desde

la exterioridad de lo político, las dinámicas internas y externas de los sujetos y no sólo interprete su subjetividad. La producción histórica de la psicología política debe poner de manifiesto y en evidencia los vínculos problemáticos de la psicología con la normalización de la política para poder reconstruirse. Es en el plano de la contingencia donde el sujeto político da muestra de la indecibilidad de la existencia de la política por más que ésta insista en dictaminar las formas de regulación, naturalización, estigmatización y supervivencia de los sujetos políticos.

Radicalidad, psicología social y posiciones de sujeto

En este apartado se propone replantear el uso que es dado por la psicología a la política como forma organizativa del quehacer público y cómo parece ser un reflejo de las condiciones ideológicas que subyacen en la sociedad actual. Asimismo, intentaremos delimitar la condición de lo político y sus implicaciones con la radicalización de la psicología en sí misma. Por principio, nos gustaría descentrarnos de la necesidad psicológica de otorgar respuestas en tiempo pasado a las coyunturas sociales. El plano de lo político nos sugiere que las formas administrativas de la política acontecen de modo ulterior a las condiciones contingentes de lo político. En este sentido, queremos precisar que es posible partir de la condición de entender lo político como un constructo "vinculado al momento de lo instituyente" como práctica, contingencia, y ubicación conceptual y de esta manera a "la política" como una "administración de lo instituido" desde un exterior que la produce mediante un aparato de Estado y partidista (Retamozo Benítez, 2009, p. 70); pero también de otro modo, recuperando el pensamiento de Tomás Ibáñez (2001) que afirma que es en "la política" donde aparece la "condición" de la "autonomía" de "una sociedad" (p. 164).

En busca de matizar esta distinción, es preciso situar la propuesta del pensador alemán Carl Schmitt (1991) cuando resitúa las circunstancias orgánicas de la política desde "la distinción política específica" entre "amigo y enemigo" que expresa las relaciones administrativas e interiores de los Estados, pero también pone en juego la condición inexpugnable de la forma antagónica esencial de las luchas políticas (p. 59). La apuesta por centrar el nivel del antagonismo no es una condición de selección filosófica pero puede ser útil sobre las distinciones entre la política y lo político. Se trata, en el mejor de los casos, de replantear el conflicto originario del antagonismo como base inquebrantable de todas las formas de lo político en la acción entre los sujetos y los efectos que este antagonismo presenta para la psicología política en particular. Si hemos comprendido consecuentemente a Marx y Engels (1848), cuando señalan que "la historia de toda sociedad humana es una historia de la lucha de clases" (p. 246), es imprescindible ubicar el giro de tuerca propuesto por Schmitt para comprender aún en el interior de las clases, la insistencia del

antagonismo aunque los objetivos e ideologías de Schmitt y de Marx y Engels sean profundamente divergentes. El antagonismo no es solamente lo contrario sino la fractura que permite que algo se escape al sentido, da lugar a la fuerza contingente de todo movimiento político y es ahí, justo en el punto de quiebre señalado por el antagonismo, donde las condiciones de lo político muestran su fuerza radical.

Regresando a Schmith (1991), en cuanto al sentido de lo político propiamente, va a señalar que "lo político puede extraer su fuerza de los ámbitos más diversos de la vida humana, de antagonismos religiosos, económicos, morales, etcétera. Por sí mismo lo político no acota un campo propio de la realidad, sino sólo un cierto grado de intensidad de la asociación o disociación de los hombres" (p. 70). Esta fuerza, propuesta como una intensidad, es precisamente la base de todo acto político que no es susceptible de administración política de forma unívoca y permite situarnos en la contingencia, es decir, en el plano de lo indecidible, de lo que puede o no ser. De este modo, no es posible siquiera imaginar una práctica de la psicología política que intente únicamente explicar los actos humanos políticos, en una insistencia por la regularidad de la significación dentro de las posibilidades de la política administrativa de la vida, en contraste con la eventualidad de la radicalización y el antagonismo. La contingencia es entonces un movimiento indecidible permitido por la acción misma de lo político.

Es también necesario, y en miras de aclarar un poco más la insistencia por lo contingente, señalar las propuestas actuales sobre el pensamiento de lo político y las expresiones teóricas de lo que suele comprenderse hoy en día, en teoría política, como lo posfundacional. Este nuevo retorno busca elucidar la problemática relación entre política y verdad desde el plano filosófico retorciendo la fundación de esta disyuntiva y sus efectos. De esta forma, consideramos indispensable, para hablar de psicología política, indagar en las implicaciones ontológicas de la política y lo político. Para mostrar el eje de acción y de la vía radical de la psicología es imperativo señalar cómo comprendemos la relación entre verdad y política pues ocurre, con mucha frecuencia, que al pensar la política demos por sentadas verdades inexorables y profundamente pragmáticas, por ejemplo, la idea de un Estado omnipotente, en el sentido propuesto por Hobbes (1651), en donde la "libertad significa, propiamente hablando, la ausencia de oposición" donde "oposición significa, impedimentos externos al movimiento" (p. 171) o también, ideas amplísimas y sobre-significadas sobre la comunidad, el mal, la identidad, etcétera.

En el mundo actual, y esto como un efecto inexpugnable de la posmodernidad, no es suficiente recurrir a universales pero tampoco es posible que nos quedemos complacidos con las ideas del sentido común que suele operar en muchas de las significaciones presentadas por la psicología de la vida cotidiana. La política no puede ser reducida, como señala Fernández Christlieb (2004), a una confrontación de "verdades que conversan de sus cosas". Es

necesaria la indagatoria sobre la verdad contingente, indecidible, localizada en el núcleo mismo de la política para incidir en la representación que se tiene de la misma y, sobre todo, para poder hacer de lo político un eje de radicalización. Se trata de cuestionar la verdad como adecuación (Adeaquatio) de la política para dar lugar, desde el antagonismo producido por lo político, a una verdad de revelación (Alétheia) que permita cuestionar a la primera y producir artefactos novedosos desde la misma organización administrativa de la política.

La psicología política necesariamente debe ser radical hacia sí misma y hacia su exterior. Su radicalidad no concierne unívocamente a su concubinato con el Estado-Nación como forma de control de la vida en el mundo moderno, o a las decisiones de unos cuantos indignados, sino de un movimiento necesariamente estructural que cuestione la verdad totalitaria de la estructura misma. Esta tarea debe plantearse, primeramente, a qué intereses sirve la psicología política pues, aún en la radicalidad, los elementos emergentes del sistema político son reelaborados a conveniencia de las administraciones públicas positivas. Es imprescindible esbozar y preguntarnos continuamente a quién sirve la psicología política y dónde está localizada para poder entender sus logros y sus decoros ante el sistema de la política positiva del capitalismo y del Estado. Debe cuestionar la positividad que es entendida como el entramado de posiciones, instituciones y ejes transversales que buscan ordenar, distribuir, organizar, normalizar y neutralizar a los miembros de un sistema social.

La radicalización de la psicología política no es un asunto de decoro cotidiano sino de indagatoria estructural y epistemológica constantes. Quisiéramos ahora, para ampliar nuestro cuestionamiento, tomar un artículo publicado recientemente por Juan Soto (2018) para discutir las posiciones críticas que pueden encontrarse en psicología social y que son útiles pues muestran también algunas posturas de psicólogos críticos en psicología política. Soto impugna, de manera clara, consecuente y profundamente crítica, que "la psicología social ha devenido liviana", que los argumentos y estudios de la psicología son "superfluos" y "carentes de compromiso social". El argumento de Soto también sugiere una "despolitización" de la psicología social en la práctica de la "investigación" pues busca ser "rethoric" dado que toma elementos del "pasado" y los hace ver como "novedosos". Para Soto, además, la psicología social contemporánea ha devenido "cool", ya que habla de "temas de moda" (p. 68).

Por principio, debemos señalar que el artículo toma distancia con las prácticas de la psicología social actual y profundamente mainstream, busca desligarse de ellas, pero no deja de hablar de ellas, como si se tratase de un manual sutilmente camuflado sobre lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer en estos tiempos tan caóticos. La problemática que se deja de lado, y desde nuestro punto de vista la más preocupante, es precisamente aquella que concierne a la estructura social y política desde donde surge la psicología social y donde la psicología general como proyecto es insertada. En otras palabras,

cuando Soto llama a una reposición de la crítica parece estar en medio de dos disyuntivas, la de las prácticas críticas necesarias para la transformación social y las prácticas normales, reguladoras, cómplices y neutralizadoras de la psicología social actual sin dar lugar a lo indecidible en esas dos condiciones, a lo que se escapa del sentido y que es precisamente el hueco que se llena con la sobreinterpretación sea ésta radical o no.

Desde una visión un tanto policiaca, en el sentido político y administrativo, Soto nos otorga los medios para cuestionar de otra manera a la psicología social y, con esto, también a la psicología política. Para Soto (2018), la "inconformidad" y la "crítica" llegan a ser incompatibles, además de precisar que una "psicología social" verdaderamente "crítica no es bienvenida" (p. 70). No obstante, parece olvidar que la psicología social siempre ha respondido a una demanda social –a veces profundamente rancia–, incluso puede decirse que deviene de ella desde su origen, así como de la articulación técnica que le impide precisamente ser científica si no es a condición de una ruptura ideológica, y esto no puede remitirse a una cuestión de mera interacción social, de un contexto administrativo determinado o de una construcción social objetiva. La visión de Soto sirve como una alerta necesaria ante la psicología social de la imagen, del establishment crítico y de lo políticamente correcto desde el nihilismo crítico, pero no resuelve el conflicto estructural de la psicología social como demanda entre estas dos cosas fundamentales: lo que se quiere y se adapta y lo que se hace.

La primera porque sigue anudado en cuestiones profundamente ideológicas: los "lentes de pasta", los "hípsters" de la psicología, aquellos de las "barbas largas" que anuncia en su crítica no son más que un efecto de imagen, aquella en la que vive no sólo la psicología, sino la sociedad entera. Y segundo, al nombrar a los "salvadores del mundo" cuestiona "los imaginarios" y la carencia de una psicología concreta y "macro social" (Soto, 1998, pp. 73-74). Cuando trata de salir de los "imaginarios", Soto es presa de otro imaginario relativo de la demanda social y moral de la psicología social.

El pesado espectro de un progreso social y técnico de la psicología social parece surgir de esta condición, pero solamente del polo opuesto sin matizar que entonces tendríamos para deshacernos de la psicología social como la conocemos hoy en día, o quizás de la que se viene haciendo desde hace bastantes años, probablemente porque no hemos dejado de amar los bellos prismas ideológicos que nos muestra lo imaginario. En palabras claras, salimos de una realidad ideológica para entrar a otra que está en el mismo campo de análisis, como ya lo denunciara profundamente Slavoj Žižek (1989) en El sublime objeto de la ideología. Y que nos permite sugerir, desde las ideas del esloveno, que lo importante no es saber cómo es que hacemos lo que hacemos, conocimiento científico o cualquier práctica disciplinaria, sino qué o quién nos obliga a producir determinados conocimientos. La estructura es en sí misma la pantalla donde todo parece cercano, dibujable, interpretable pero quizás esa

claridad sea la misma nebulosidad de la realidad social que no alcanzamos a contener pues se nos escapa entre las manos.

El artículo de Soto nos hace recurrir también a la pregunta sobre la utilidad de la psicología social. En este punto, podemos sugerir que la psicología social no está despolitizada, sino que convive con una política social de lo fáctico, de la premura de la producción académica, de la imagen y sus efectos, de la necesidad inexpugnable de respuestas lógicas y coherentes pero estériles para cambiar las condiciones de la política y esto alcanza a la psicología política pues pretendemos interpretar los hechos políticos y no agudizarlos. Esto nos hace buscar elementos para pensar nuevas formas de radicalización y no únicamente de cuestionamiento atorados en el tintero ideológico. De esta manera, uno de los caminos para transformar esa condición es, justamente, repolitizar a la psicología social y a la psicología política que está politizada, como cualquier otro elemento decorativo contemporáneo, para servir y administrar mentes, cuerpos, conductas, memoria, creencias, actitudes, opiniones en el capitalismo. Para esto es necesario, desde nuestra óptica, intentar el trazado de dos caminos de indagatoria metodológica, ambos esenciales y complejos pues implica horadar las diversas posiciones hegemónicas que han tenido los psicólogos políticos y sociales en la historia misma de la psicología general y política.

El primer camino concierne a los métodos de investigación en psicología política propiamente dicha. Además de desembarazarnos del uso dominante de la metodología cuantitativa como eje rector absoluto es imperioso replantear la radicalidad al nivel de las prácticas técnicas de la metodología cualitativa. Como señala Gough (2015) "ningún método o metodología cualitativa es inherentemente crítico", su condición crítica "depende de cómo se implemente el método", lo cual nos lleva a pensar en que el "carácter crítico de un proyecto de investigación se puede anunciar claramente", como lo es en el caso de los estudios sobre "el poder y el lenguaje" o más sutiles, cuando se centran en "la narrativa y la experiencia" (pp. 111-112). Aún cuando estas distinciones sean generales, reflejan la importancia no sólo del posicionamiento del investigador, su nivel de compromiso e implicación, sino también de la finalidad de saber los grados de crítica que puede contener una investigación. Cuando esto concierne a las finalidades y a la utilidad de las investigaciones, lo importante no es el grado de crítica sino la capacidad de horadar en las estructuras culturales de dominación y malestar que aquejan a los sujetos dentro de un orden social desde la potencia de la crítica. Es decir, la crítica no como un elemento de añadidura, sino como la puesta en suspenso de la significación de todo aquello que ocurre en el plano político. No todo puede ser interpretado, no toda investigación transforma el mundo, no toda investigación se precisa sin fines de lucro.

Esta cuestión es de vital importancia pues se trata de dar cuenta que las polaridades en psicología política son estrictamente políticas en sí mismas pues residen en dos polos particulares: lo conservador en contubernio con el orden

social y el compromiso con el progreso de las sociedades y, por el otro, lo radical, lo novedoso, lo contingente. Estar dentro o fuera de la psicología política no exime ninguna responsabilidad de ubicación o de compromiso del investigador con la verdad del conocimiento aunque oscile en estas dos posiciones. Esta dualidad, como señalaba Paul Feyerabend (1982), implica que "todo conocimiento contiene elementos válidos junto a ideas que impiden el conocimiento de nuevas cosas. Estas ideas no son meros errores, sino que resultan necesarias para la investigación: no se puede progresar en una dirección sin bloquear el progreso en otra" (p. 102). Situarnos sólo en los grados de crítica no radicaliza en lo absoluto la psicología política, pero nos recuerda que la polaridad entre lo interno y lo externo de la crítica bloquea, cuando menos en parte, el lado contrario y esto nos permite agudizar los elementos contradictorios de las técnicas de investigación en psicología desde la imposibilidad de decirlo todo en torno a una problemática analizada.

El posicionamiento anterior debe sugerir un uso más allá de la militancia política desde las prácticas metodológicas de las ciencias sociales pues esto también puede obturar la fiesta del pensamiento. La acción radical, en este sentido, no exige, aunque lo parezca, términos medios, pero centraliza el lugar de la tensión de lo irresoluble entre las dos posiciones, nuevas vías inexploradas. Propone una ruptura, un quiebre, con las finalidades y usos de las investigaciones como se han señalado; más allá de tratarse de temas de moda o antiguos pero recuperados oportunamente, toda posibilidad de hacer una delimitación política de la acción humana de esta manera es profundamente cuestionable para encontrar nuevas formas de saber hacer con aquello fracturado. Reorganizar las prácticas de la psicología política desde las fracturas, asimetrías, discontinuidades y no en totalidades bien delimitadas y abyectas. Sabemos que esto resulta problemático pues, como afirma Stephen Frosh (2007), "los márgenes no son lugares para una esencia más verdadera del sujeto humano" pues en sí mismos "los márgenes son polimorfos" (p. 33). Su polimorfismo no hace de la radicalidad crítica un elemento desenraizador sino productor de fisuras en el entendimiento de la realidad social. Estas fracturas trastocan los márgenes de la investigación, del investigador y, por supuesto, plantean una forma diferente de comprender lo político en la psicología política que debe situarse, desde la radicalidad, en la posición perpetua de un sujeto en la encrucijada, un sujeto que se mueve en los límites.

En este sentido, coincidimos con Soto en que no hay temas selectos o exclusivos de la psicología social y tampoco en la psicología política pero, de igual forma, es una exageración peligrosa definir que hay temporalidades o costumbres en los temas que se investiga, quizás haya cosas o espectros que no deben ser analizados por la psicología política pues es excavar y psicologizar algo que probablemente puede estar bastante bien sin la ayuda de la psicología. La psicología política no puede carecer de historia pues ésta es su motor, cuando menos desde una perspectiva materialista y dialéctica, es lo que

la hace existir pero no puede ponerse al servicio de unos cuantos. Si los temas históricos no fuesen estudiados por la psicología política, por ejemplo, dejaríamos desprovista a ésta de su capacidad de explicación estructural para pensar nuevos modos y cuestionar viejos amos. No decimos, en absoluto, que la psicología política nos deba recordar la historia para no repetirla, eso ronda en lo absurdo, sabemos que la historia sabe repetirse. Por el contrario, una psicología política radical debe conocer los hechos históricos para poder descentrar y, al mismo tiempo, analizar y reconstruir de otros modos, los mecanismos que marginan y segregan a las poblaciones y a sus sectores más desfavorecidos que son precisamente quienes echan a andar el tren de la historia.

Por otra parte, una de las respuestas más radicales en psicología política puede retomar el concepto de deconstrucción planteado por el filósofo francés Jacques Derrida (1989 y 1989a) para poder descifrar los elementos oscuros que presenta la misma articulación del lenguaje, la escritura y la diferencia más allá del estructuralismo y el logocentrismo. Sin embargo, como nos alertan Clark y Hepburn (2015) situándose en la psicología general, en "un verdadero estilo deconstructivo, lo que queda son una serie de preguntas no concluyentes: ¿Cuáles son los problemas que enfrentarán los psicólogos después de que hayan empezado a tomar la deconstrucción seriamente?" esto convida a pensar "si los psicólogos finalmente dejarán de interpretar los términos mentales en la vida cotidiana como evidencia de su existencia" y "como entidades causales", preguntarnos si ¿la psicología se convertirá en un análisis textual? ¿Qué métodos y temas son apropiados para la psicología?" además de indagar en "¿Qué formas de retórica y figuración emplea la psicología?" al momento de deconstruir una problemática social más allá de las interpretaciones sobre el orden social establecido (p. 303).

Si la deconstrucción sirve como elemento exterior de la psicología política para el análisis de los problemas políticos, debe también deconstruir los fines positivos de la psicología política y sus interpretaciones, encontrar los puntos huecos entre la ideología y la organización social, esgrimir el tejido social de normalización y naturalización con las que elementos organizativos del Estado y del capitalismo han logrado subsumir sus más complejas estandarizaciones sobre el mundo social y, sobre todo, poner en alerta a los mismos psicólogos políticos sobre el uso que puede dar el capitalismo y la administración estatal a los nuevos descubrimientos en psicología política.

Vayamos hacia el segundo camino que es un poco más tenebroso y concierne a un viejo y escurridizo elemento de la psicología política. Este concepto aleatorio, desde nuestra perspectiva, recae en la forma en que la psicología política ha entendido la noción de sujeto. Sirva aquí de referente lo que Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1985) definen como "posición de sujeto" para pensar las "formaciones discursivas" (p. 148). Lo que señalan con esto Laclau y Mouffe es que, desde el momento que somos atravesados por el

discurso, más que por la palabra por los significantes, dejamos de situarnos en una sola posición para movilizarnos en las condiciones del antagonismo político. El significante va a insertar una organización de la contradicción de una formación discursiva. Este punto no haría referencia a una psicología discursiva, por el contrario, pone de relieve la importancia de situar en el origen mismo del sujeto la propia imposibilidad de constreñir al individuo por fuera del lenguaje y en el punto de escisión mismo. Resulta imposible atar al sujeto en términos de interacción sino llevarlo al vórtice de las condiciones estructurales que producen una fractura se establece y distribuye su accionar político.

Las posiciones de sujeto ponen en evidencia que no hay entidades fijas de análisis de la subjetividad, se trata de un sujeto que se articula mediante los significantes flotan y se acolchan en puntos específicos, en identidades no totalizadas, contingentes. Un sujeto se mueve porque el lenguaje no puede articular a plenitud todo aquello que pensamos, decimos, hacemos y somos, simplemente porque el sujeto, al igual que el lenguaje, está escindido. De este modo, como señalan Laclau y Mouffe (1985), "la tensión irresoluble interioridad/exterioridad es la condición de toda práctica social". Estas tensiones de oposición, además de ser el eje representativo de una hegemonía, son también el lugar donde puede "constituirse lo social" y lo político radical (p. 151). Esta situación permite a Laclau, ulteriormente, posicionar el vacío como elemento fundante de la realidad política. La psicología política, de esta manera, no puede quedarse al margen de una especulación imaginaria sobre el sujeto sino inaugurar una indagatoria sobre las prácticas políticas contingentes resultantes del vacío dejado por la estructura.

Es decir, dar lugar al antagonismo, no sólo de interioridad y exterioridad, sino también al antagonismo de clase y, al mucho más punzante aún antagonismo idealismo-materialismo. Aunque Laclau y Mouffe se separen de un único antagonismo de clase pues, según ellos se constituyen diferentes y nuevos antagonismos, lo cierto es que en resumidas cuentas la dinámica reinante termina siendo la lógica de explotadores y explotados. Posicionar al sujeto en la condición del vacío y la escisión del mismo como elementos centrales de toda contingencia política que permiten eludir la condición determinista de la parcialidad y la neutralidad política. Con esto, creemos que la psicología política no puede vivirse fuera del antagonismo, pues es este el que recuerda la posición de indeterminación de toda conceptualización ideológica pues el sujeto mismo muestra, desde el significante, la condición imaginaria de ésta.

En palabras de Laclau (2011), las tensiones políticas subsisten en la "posibilidad de la diferencia" que no excluye la condición de una "totalidad" referida en "cada acto individual de significación". Analizar la diferencia, en términos de Laclau, sugiere desvelar las lógicas de la universalidad "inconmensurable" de una "hegemonía" (pp. 94-95). En otras palabras, la diferencia recuerda, desde la discursividad, que la totalidad es un "acto de

significación" universal, pero la "diferencia es en última instancia, insuperable" y esto no puede ser sin la escisión que deja el significante (p. 94). Si la psicología política busca analizar las dinámicas del poder, las vicisitudes de la vida política del sujeto, las opiniones y actitudes de los actos políticos necesita, desde nuestro punto de vista, rescatar el carácter de la diferencia radical que es pensada aquí como un resto mínimo que condiciona el vacío de significación. Agonizar en los escollos del universalismo de la memoria, los recuerdos, las prácticas de poder y orden social, como tantas veces ha buscado estudiar la psicología política, no ha hecho sino tratar de bloquear o rellenar lo imprevisible del vacío fundante de lo político que sí es rearticulado, mediante la significación, por la política.

Consideramos central que cuando se investigue desde la psicología política debemos centrarnos en la condición contingente del vacío, en el fondo de la pantalla más que en la forma, en los cambios de posición del sujeto, en la aleatoriedad del discurso y en el carácter flotante de los significantes. Estudiar el sentido y las significaciones, como lo ha hecho constantemente la psicología política, constriñe toda capacidad aleatoria para quebrantar el orden en el plano de la política y sólo sirve para alimentar la positividad que pretende domeñar desde diversas vías el espectro de lo político. La investigación no sólo debe ser consecuente o moral, no debe apostar solo al progreso de las poblaciones, necesita traer a juego los límites e incluso la imposibilidad de la autonomía pues, desde esta perspectiva y en disonancia con la propuesta de autonomía, analizada anteriormente desde Tomás Ibáñez, ésta no sería más que un distintivo ideológico que sólo podría servir para, en el mejor de los casos, invertir las condiciones de lo político y no para incidir en nuevos modos de sostenimiento de lo político. Habría que pensar seriamente si lo político puede ser analizado y potenciado desde una idea de autonomía, aquí lo dejaremos simplemente en el tintero.

Contingencia y negatividad. Manchando la pureza positiva de la psicología política

La pureza positiva de la ciencia psicológica general es reivindicada constantemente por profesionales y estudiantes de psicología y sus alcances nublan también los cielos de la psicología política. Nuestra referencia a la positividad no es hacia un marco epistemológico sino hacia la administración de la conciencia psicológica en el sistema económico político actual. Esta pureza positiva es el lastre más preocupante de la psicología pues se obstina en la funcionalidad de los sujetos que habitan el mundo, los psicologiza, les ordena cánones de normalidad, media entre el Estado y las formas de hacer política y, finalmente, nos suele convencer constantemente que no hay escapatoria a los modos actuales de la política. Obtura sistemáticamente algunas posiciones realmente radicales incluso cuando los sujetos disidentes están fielmente

convencidos de que ciertos modos de protesta social o de acción política son justos. Mapea constantemente las emociones, los afectos, el cuerpo y demás elementos heterogéneos para producir normas que regulen los campos de efervescencia política. Se aprovecha del sentido común para significarlo todo y aseverar que hay criminales, enfermos mentales y demás seres que no caben en sus determinismos.

Cuando comenzamos a revisar lacónicamente las bases epistemológicas y geográficas de la psicología política, como una suerte de desviación particular de la psicología social, resultó imprescindible detectar una complicidad brutal de ésta con el capitalismo y las tecnologías positivas de administración de los Estados. Esta relación, evidente y centrada en la astucia de la razón, parece tener la categoría de imagen que sustenta los vínculos políticos pero también las artimañas de la clase política y sus modos de producción de una realidad de Estado o del actuar de la sociedad civil. Sin embargo, la psicología política debe producirse, desde y con el antagonismo, como una posibilidad sintomática para analizar los mecanismos de construcción y radicalización de diversos fenómenos políticos como las movilizaciones sociales hegemónicas y contrahegemónicas, la creación y sutura de la identidad y sus alteraciones, el sostenimiento de un discurso de Estado y sus resistencias, entre otros elementos coyunturales que la harían, más que describir, incitar y proponer.

La psicología política busca, pues, en buena medida y constantemente, el establecimiento de universales pretendidamente inmóviles donde el Estado y sus formas de organización suelen ser el denominador en común. Su universalidad, problemática como el que más, no hace otra cosa que mostrarnos una cerrazón sobreinterpretativa, erudita y neutralizadora mediante la cual los fenómenos políticos pasan por un prisma, de colores bien demarcados, en los cuales puede entenderse el quehacer social y político del sujeto. Este problema había sido ya detectado por Politzer (1999) al señalar que "nos esforzamos por clasificar, por aislar las cosas, por verlas, por estudiarlas sólo por ellas mismas" sin profundizar en las condiciones materiales que las hacen emerger (p. 89).

Esto nos hace producir, igualmente, elementos teóricos inconexos o fetichizados de su realidad concreta. Es preciso, sin duda, lograr infundir una buena dosis de concreción sintomática a la psicología política alejándola de la metafísica más recalcitrante. Este objetivo puede ser conseguido si llenamos a la psicología política de negatividad, en el sentido que Hegel (1817) otorga al término, cuando plantea que "la esencia en tanto ser que se media consigo a través de la negatividad de sí mismo, es la referencia a sí sólo siendo referencia a otro, el cual [otro], sin embargo, no es como ente, sino como un puesto y mediado" (p. 209). Una negatividad que otorga un vacío a la conceptualización que se vuelve su mismo sostenimiento en su relación dialéctica que produce el efecto de lo otro en la escisión misma. No se trata simplemente de lo opuesto

sino de lo que queda en medio de las dos polaridades, es en ese punto donde la negatividad consigue efectos y no sólo oposiciones.

En otras palabras, cuando se propone una interpretación de los problemas y avatares políticos desde la psicología política, es imprescindible dar cuenta de la potencia negativa que resiste a la organización conceptual y significación de aquello que se estudia. Esta condición es necesaria en todo desarrollo teórico y metodológico pero es también una posición política en sí misma ante la ciencia. La relación entre universalidad y totalidad como baluartes del psiquismo tiene, en la negatividad, una resistencia conceptual que obedece a la insistencia del cambio y la movilización dialéctica del sujeto y no a la reducción de una interpretación totalitaria o unívoca. Esto, en efecto, subvierte la posición del sujeto no sólo en las ciencias sociales sino en la psicología misma. El corolario avasallador de la negatividad deviene en una duda fundamental y orgánica del cogito cartesiano pero lo es también desde el cuestionamiento incesante a los principios prácticos de la razón y sus efectos de neutralización que positivizan la realidad contingente. Los hechos políticos deben ser negados para darles un estatuto real, y esto resulta imprescindible de pensar sin la fractura de los mismos.

La insistencia neutralizadora auspiciada por la totalidad de la razón edifica profundamente, de igual manera, todo aquello que es posible proferir como la potencia de la significación en el análisis de la práctica política desde la psicología política. Cuando indagamos en dicha potencia encontramos, desde la génesis misma de la significación, un problema de representación del vacío negativo que es subsanado con ideología desde el propio signo. Voloshinov (2009) señalaba, con aguda precisión, que "todo producto ideológico posee una significación: representa, reproduce, sustituye algo que se encuentra fuera de él, esto es aparece como signo. Donde no hay signo, no hay ideología" (p. 27). Una repolitización de la psicología política desde la negatividad exige necesariamente dudar del carácter total de la significación y debe centrarse en los hechos por más goce que los científicos sociales le podamos proferir a la misma. Esto conlleva necesariamente a dudar incluso de las técnicas de investigación y confrontar el sometimiento de los acontecimientos sociales y políticos heterodoxos a una significación –relativizada o totalitaria– como denunciaba atinadamente Jesús Ibáñez (1979).

La negatividad no debe tomarse aquí como una herramienta sino como una condición constitutiva de todo hecho en el que se ve implicado un sujeto y donde la negatividad es la condición más crítica del orden social y de los hechos. Se trata, en cierto modo, de ir a contracorriente de la lógica unitaria positiva de la razón, buscando descentrar de la escena el reinado apabullante de la significación que precisa la totalidad de la misma. Hegel, propone un giro transversal con su dialéctica negativa pues descubre en la positividad la falla misma. Lo anterior lleva no sólo a una transformación radical de las posiciones teóricas más diversas sino una profunda reiteración de los límites de la razón

para representar la realidad. Se trata de trastocar e incidir dentro de lo que el esloveno SlavojŽižek (2016) denomina como el "marco que aísla (demarca) la realidad en el caótico mar de lo Real, que así crea una isla de realidad 'normal' dentro de sus coordenadas", eso real problemático es lo que suele ser extirpado en muchas de las investigaciones en psicología política (p. 19).

La negatividad puede situarse también como aquello que da lugar a la emergencia de lo imposible de lo real desde las posibilidades de localización del resto que no es capturado por lo simbólico. Sin embargo, la política también depende de los significantes de modo simultáneo pues el significante es, en sí mismo, pura contingencia política, como señala Žižek (2011), "el orden significante como tal es político y, a la inversa, no hay política fuera del orden significante" (p. 190).

Si el investigador en psicología política, que se encuentra tan ideologizado como aquel sujeto que es investigado, pretende dar cuenta de la negatividad debe posicionarse en la brecha de lo imposible que es efecto de ella. Para Mladen Dolar (2017), es preciso encarar una "alternativa excluyente (either/or): la materialidad, o bien la subjetividad; el exterior, o bien el interior" (p. 220). Una opción contingente donde se bifurcan la res cogitans y la res extensa creando un núcleo traumático, en el sentido de brecha o ruptura, a partir del acontecimiento que propone dicho adjetivo, y que muestra, más que la imagen o la representación, el sostenimiento estructural ideológico de la realidad de la política y la contención de la negatividad de lo político.

El problema de la permanencia en lo negativo, utilizando el sugerente título hegeliano del libro de Žižek (2016), estriba en la concepción del sujeto y de lo político como horizontes exteriores del sujeto, pero al mismo tiempo, elementos concomitantes de la realidad ideológica de los mismos en la pantalla en que confluyen. En este sentido, y hablando de ideología y buscando cuestionar el espectro del sujeto en psicología política, es necesario presentar la división propuesta por Dolar (2017) entre el sujeto althusseriano y el sujeto que es pensado por el psicoanálisis, a saber, que en el primero "el sujeto es aquello que hace que la ideología funcione" y para el segundo "el sujeto surge ahí donde la ideología falla" (p. 221). Esta aproximación busca alejarse de una subjetividad con miras a lo totalizante para pensar en un sujeto que fractura las coordenadas ideológicas y positivas. La influencia de Hegel dentro del pensamiento de Lacan en el psicoanálisis puede dar otro estatuto a la condición de sujeto que es pensada en psicología política pero eso implicaría también atolladeros epistemológicos imposibles de zanjar y, quizás, en esos mismos atolladeros aparezca una posible lectura sintomática –en el sentido de una ruptura epistemológica– de la disciplina.

La esencia de la ruptura es el cuestionamiento del universal abstracto que, en su misma organización dialéctica, puede dar cuenta de los momentos en que la estructura y su positividad intentan delimitar potencialmente un sujeto cerrado en la determinación subjetiva del significado. En otras palabras, la

confianza en la totalidad de la significación produce una desconfianza en la fuerza de lo escindido, lo no representable, lo real. La permanencia en lo negativo no sólo debe dar cuenta de los opuestos infatigables en los que se articulan las relaciones políticas sino de la creación de dispositivos de conocimiento del sentido –aquí la psicología política es clave– para darle una razón totalitaria a los mecanismos positivos de administración y conocimiento del sujeto. Esta positividad hace funcionar a la estructura como una totalidad preocupante y puede atrancar el entendimiento de las lógicas políticas pues su mero sentido funcional hace olvidar, paradójicamente, los elementos que la sostienen, a saber, la racionalización del Estado y sus fuerzas, la hegemonía, el sentido común, las nociones allegadas al progreso, entre otras. Quizás uno de sus clinámenes sea precisamente la biopolítica y la reducción de toda posibilidad negativa del sujeto hacia sus designios.

La negatividad es el rostro principal y fundante de la contingencia política. Y con esto no se trata sólo de voltear a ver la radicalidad como el opuesto de lo positivo, sino pensar en ambos elementos como sustanciales de la vida política. Si la psicología es necesariamente política debe ser repolitizada dando lugar a lo negativo, aquí puntualmente, desde las posibilidades ontológicas de lo negativo como permanente coyuntura. Debe insistir no sólo en su antagonismo sino en la relación homológica innegable de la que parte toda posición de lo político. Desde esta perspectiva, resulta indispensable dejar de ocuparse de lleno de los elementos del sentido común o de la simple vida cotidiana. Al señalar esto no se trata de olvidarse de ellos sino de evitar que se conviertan en el foco central de aproximación de una indagatoria seria desde la psicología política.

Conclusiones o de la encrucijada negativa como elemento orgánico de la crítica

Para el apartado de conclusiones resulta oportuno señalar un vínculo claro con el segmento anterior. Pues es en la contingencia, en lo que puede ser o no ser, donde puede localizarse el elemento orgánico de la crítica. Athanasios Marvakis (2011) ha señalado ya algunas de las aristas de la crítica que es posible detectar dentro de la psicología. A saber, la "crítica ética" que ha sido centrada "en los temas específicos que utilizan (o aplican) el conocimiento psicológico y sus técnicas. El llamado a la 'politización' y al uso de los conocimientos en favor de los oprimidos, tales como los obreros, se dirige precisamente a estos sujetos individuales" (p. 127). Esto ha permeado gran parte de las psicologías críticas en Latinoamérica pero es posible detectar también en posicionamientos radicales sobre y desde la psicología en movilizaciones comunitarias, entre otras. De modo paralelo, la "crítica sociológica de la profesión psicológica y de sus funciones sociales y políticas" que "extiende el horizonte de la crítica más allá de los temas de un solo usuario (o "ejecutor") de los conocimientos psicológicos.

Aquí la conexión entre la psicología y la sociedad no se percibe como 'independiente' y 'libre'". En donde "el conocimiento psicológico y la práctica psicológica se entrelazan con la red más amplia de las relaciones sociales" (p. 127). Y, por último, la "crítica ideológica de las concepciones psicológicas de la 'normalidad'" que está centrada en el cuestionamiento a "la 'actitud servil' de la psicología ante cada fuerza del poder" que "no deja intacta la constitución teórica de la psicología. Por el contrario, sólo ciertos puntos de vista científicos permiten semejante actitud servil" (p. 128).

Estas tres posiciones revisadas resumen de manera concreta los medios en donde se ha difuminado y establecido una crítica a la psicología general, pero pueden ser analizadas también bajo el espectro de la psicología política pues en todo momento los actores tienen vínculos políticos. Aunque estas críticas sean necesarias, e incluso profundamente radicales en sí mismas, han permitido que el verdadero núcleo estructural y problemático de la psicología persista y se llene de una política profundamente ilusoria. Desde nuestro punto de vista, este punto neural de la psicología general se centra en la potencia del logos y sus efectos son claros al comprender las prácticas políticas. Aunque Marvakis insista en la posición de la encrucijada en la psicología para evitar convertirse en lo anteriormente criticado parece que estas posiciones son mostradas sólo como un giro de 180 grados.

Aquí es importante sostener un cuarto de vuelta constante que sólo puede permanecer si en lugar de comprender un giro crítico pensamos en una fisura. Y para articular de mejor manera la idea de ésta es necesario que el estatuto de sujeto y sus alcances políticos sea cuestionado. Es por eso que la noción de posición de sujeto, planteada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, con profunda influencia de Lacan, nos hace pensar en la fuerza de la escisión para colocar nuevas coordenadas desde la fractura de la totalidad simbólica. Esto, sin duda, nos remite a la potencia del significante como elemento aleatorio, definido como fuerza material que escapa al determinismo de la significación.

Para intentar dar lugar al espectro político resulta fundamental pensar en la insistencia de la encrucijada, vía la negatividad política, pensando en la simple y paradójica posición del sujeto en lo complejo de los enramados sociales. Esta tarea no puede quedar destinada a una psicología política que sólo se centre en el uso de la política como pretexto para construir teorías que parcializan el espectro de lo político o que intentan, cuando mucho, dar cuenta de una realidad social partida por mitades, la mayor de las veces opuestas, que tienden a positivizar, en su más puro sentido administrativo, las acciones de los sujetos, los colectivos sociales, las protestas y movilizaciones civiles –sean por los más diversos motivos– al pasarlos por el filtro de la totalidad comprensiva e interpretativa. El caos del sistema político y económico actual no exige respuestas de orden, por el contrario, necesita una psicología política más desordenada. Y su desorden no debe estar fundamentado en una respuesta a los cánones de exigencia de sobreproducción académica positiva, pues esto no

hace otra cosa que hacer operar a la psicología política del mismo modo en que funciona la psicología general normalizadora y positiva.

El psicólogo, desde la psicología política debe, desde nuestra perspectiva, dar cuenta de una posición menos optimista y más esperanzadora. Sin embargo esa esperanza no puede surgir de una pura condición moral encaminada al progreso. Sabemos, desde hace mucho tiempo, que esta exigencia progresista no ha hecho otra cosa que atentar contra muchos de sus preceptos originales y, además de esto, que la insistencia por un Estado de Bienestar perfectamente positivo y administrado por el capitalismo no ha producido otra cosa que ignominia o dichos científicos alegóricos esperanzadores pero profundamente estériles. Como bien señala Terry Eagleton (2016), "la esperanza implica una cierta expectativa pues se presta más a la narración que al deseo" (p. 87). Y de esta manera, la esperanza puede recaer en añorar algo que narrativamente nos haga creer pero no condesciende a la fuerza irruptora del deseo que, cuando menos desde la enseñanza de Jacques Lacan, tiene condiciones más traumáticas y menos esperanzadoras sin dejar de ser constitutiva del sujeto.

La crítica en psicología política no puede ser una vieja confiable para las publicaciones y los eventos académicos. Además de ser una herramienta es una posición ética y política del sujeto no puede ceñirse solamente a la trama de lo políticamente correcto. La posición crítica de los 180 grados que pretende denunciar desde lo sociológico –en extenso– las formas de lo común y la esterilidad de la crítica tampoco sirven de gran cosa pues no se ataca el problema estructural del posicionamiento subjetivo en la estructura simbólica. Cuando cargamos de nuevas significaciones críticas a los gafapastas, a los hípsters de la psicología, sin considerar la profunda reducción ideológica que esto conlleva y que postula una diferencia añeja y recalcitrante del más puro conservadurismo epistemológico obturador de la negatividad, hacemos precisamente aquello que tanto criticamos en los más profundos análisis de otra vieja confiable, a saber, la alteridad y sus posibilidades de crear significación desde la otredad, como si la política no diera cuenta del problemático: nosotros.

Quisiéramos cerrar este pequeño artículo con una metáfora de última manufactura surgida al leer las noticias de los recientes ataques a la tumba de Karl Marx en el cementerio de Highgate en Londres. Según una nota del 6 de febrero publicada en el periódico español El País, la tumba del filósofo de Treveris fue siniestrada con un martillo y dañada por alguien que "intentó borrar el nombre" de Marx en la placa de mármol. Según el periódico, los ataques a su tumba han sido una constante. Esto nos hace preguntarnos qué tendrá esa vieja tumba y ese filósofo en particular para ser blanco de diversos ataques. Una respuesta fácil y a bote pronto diría que es porque se trata del artífice del comunismo que tanto malestar ha generado en el mundo. Pero si fuéramos un poco más allá en nuestras suposiciones, quizás encontraríamos que la crítica del filósofo alemán al sistema económico actual e imperante sigue siendo tan incisiva que, aún muerto en cuerpo y vivo simbólicamente, no cesa de no

morirse. Su crítica y coyuntura es, precisa y perpetuamente, la intranquilidad de aquello que busca siempre permanecer estático. Con esto, tal vez, Marx resulte más incómodo e insuperable que muchas teorías de posicionamiento crítico pues Marx, no deja de incidir, desde la negatividad de la muerte, la positividad de los vivos.

REFERENCIAS

Bar-Tal, D. (2000). Shared beliefs in a society. Social Psychological Analysis. London: Sage.

Billig, M. (2014). Aprenda a escribir mal. Cómo triunfar en las ciencias sociales. México: Colegio de Postgraduados.

Clark, A., y Hepburn, A. (2015). Deconstruction. The foundations of critical psychology. En I. Parker, Handbook of Critical Psychology (pp. 297-305). London: Routledge.

De Vos, J. (2019). La psicologización y sus vicisitudes. México: Paradiso.

Deleule, D. (1992). La psicología: mito científico. Barcelona: Anagrama.

Derrida, J. (1989). La escritura y la diferencia. Barcelona: Anthropos.

Derrida, J. (1989a). Márgenes de la filosofía. Madrid: Cátedra, 2013.

Dolar, M. (2017). Uno se divide en dos. Más allá de la interpelación. México: Paradiso.

Dorna, A. (1998). Presencia y realidad de la psicología política francesa. Psicología Política (16), 49-73.

Durkheim, É. (1968). Las formas elementales de la vida religiosa. Buenos Aires: Schapire.

Eagleton, T. (2016). Esperanza sin optimismo. México: Taurus.

Fernández Christlieb, P. (2004). El espíritu de la calle: psicología política de la cultura cotidiana. México: Anthropos.

Feyerabend, P. (1982). La ciencia en una sociedad libre. México: Siglo XXI, 2014.

Foucault, M. (1968). Las palabras y las cosas. México: Siglo XXI, 2008.

Foucault, M. (1975). Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. México: Siglo XXI, 2013.

Foucault, M. (1992). Microfísica del poder. Madrid: Ediciones de la piqueta.

Frosh, S. (2007). Desintegrando la investigación cualitativa. En I. Parker, y D. Pavón-Cuéllar, Lacan, Discurso, Acontecimiento. Nuevos análisis de la indeterminación textual (pp. 25-36). México: Plaza y Valdés, 2010.

García Beaudoux, V., y D'Adamo, O. (1999). Propuesta para una agenda temática de la psicología política latinoamericana. En L. Oblitas Guadalupe, y A. Rodríguez Kauth, Psicología Política (pp. 293-316). México: Plaza y Valdés.

Gough, B. (2015). Qualitative methods Critical practices and prospects from a diverse field. En I. Parker, Handbook of Critical Psychology (pp. 107-116). London: Routledge.

Hegel, G. (1817). Enciclopedia de las ciencias filosóficas. Madrid: Alianza, 1999.

Herbert, T. (1966). Réflexions sur la situation théorique des sciences sociales et, spécialement, de la psychologie sociale. Cahiers pour l'analyse2, 137-165.

Hobbes, T. (1651). Leviatán: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.

Huddy, L. (2003). Group Identity and Political Cohesion. En D. Sears , L. Huddy, y R. Jervis, Oxford Handbook of Political Psychology (pp. 511-558). New York: Oxford University Press.

Ibáñez, J. (1979). Más allá de la sociología. Madrid: Siglo XXI.

Ibáñez, T. (2001). Municiones para disidentes. Barcelona: Gedisa.

Laclau, E. (2011). La razón populista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E., y Mouffe, C. (1985). Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.

Le Bon, G. (1971). Psychologie des foules. Paris: PUF.

Lupia, A. (2002). Who Can Persuade Whom?: Implications from the Nexus of Psychology and Rational Choice Theory. En J. Kuklinski, Thinking about Political Psychology (pp. 51-87). New York: Cambridge University Press.

Martín-Baró, I. (1976). Problemas de psicología social en América Latina. San Salvador: UCA Editores.

Martín-Baró, I. (1983). Acción e ideología. Psicología Social desde Centroamérica. El Salvador: UCA Editores.

Marvakis, A. (2011). La psicología (crítica) permanentemente en la encrucijada: sirvientes del poder y herramientas para la emancipación. Teoría y Crítica de la Psicología (1), 122-130.

Marx, K., y Engels, F. (1848). Manifiesto del Partido Comunista. En K. Marx, La Cuestión Judía y otros escritos (pp. 233-291). Barcelona: Planeta, 1994.

Mead, G. H. (1934). Mind Self and Society from the Standpoint of a Social Behaviorist. Chicago: University of Chicago .

Montero, M. (1987). Psicología política latinoamericana. Caracas: Panapo.

Montero, M. (1991). Acción y discurso. Problemas de psicología política latinoamericana. Caracas: Eduven.

Moscovici, S. (1961). La psychanalyse, son image et son public. Paris: PUF, 2004.

Moscovici, S. (1981). Psicología de las minorías activas. Madrid: Morata, 1996.

Nava Murcia, R. (2015). Deconstruir el archivo. La historia, la huella, la ceniza. México: Universidad Iberoamericana.

Nietzsche, F. (1882). La ciencia jovial. Madrid: Gredos, 2009.

Parker, I. (2010). La psicología como ideología. Madrid: Catarata.

Politzer, G. (1999). Principios elementales de filosofía. Barcelona: Edicomunicación.

Retamozo Benítez, M. (2009). Lo político y la política: los sujetos políticos, conformación y disputa por el orden social. Revista mexicana de ciencias políticas y sociales, 51 (206), 69-91.

Rouquette, M.-L. (1989). La psychologie politique: une discipline introuvable. Hermès, La Revue , 2 (5-6), 219-226.

Schmitt, C. (1991). El concepto de lo político. Madrid: Alianza.

Seoane, J. (1988). Concepto de psicología política. En J. Seoane, y Á. Rodríguez, Psicología política (pp. 19-35). Madrid: Pirámide.

Soto, J. (2018). Los rumbos de la psicología social. Revista Iberoamericana de Ciencias, 5(4), 66-77.

Sullivan, J., Rahn, W., y Rudolph, T. (2002). The Contours of Political Psychology: Situating Research on Political Information Processing. En J. Kuklinski, Thinking about Political Psychology (pp. 23-50). New York: Cambridge University Press.

Voloshinov, V. (2009). El marxismo y la filosofía del lenguaje. Buenos Aires: Ediciones Godot.

Žižek, S. (1989). El sublime objeto de la ideología. México: Siglo XXI, 2003.

Žižek, S. (2011). El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política. Buenos Aires: Paidós.

Žižek, S. (2016). La permanencia en lo negativo. Buenos Aires: Ediciones Godot.

"Psicología política y contingencia. Desafíos teórico-prácticos desde las coyunturasde lo político" por Édgar Miguel Juárez Salazar está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional